



OPINIÓN

Gracias, Cardenal

Hubo una persona que nos enseñó a amar: el Cardenal Raúl Silva Henríquez. “Matemos el odio, antes de que el odio mate a Chile”, había dicho bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Recuerdo como si fuera hoy mi primer caso como abogado de la Vicaría de la Solidaridad, en 1979. Después del chequeo de rigor por parte del Dr. Manuel Almeyda, para verificar la gravedad de las torturas, y la eficiente atención profesional de la asistente social Victoria Baeza —con ambos íbamos periódicamente a visitar a los presos políticos de la Calle 5 de la ex Penitenciaría—, una mujer de unos 48 años de edad me relató su detención y torturas recibidas durante unos 10 días, en un lugar clandestino. Casi sin respiración e impactado por su relato, tomé mi máquina de escribir y redacté un recurso de amparo (fue el primero de los cientos que redacté y alegué durante los años que estuve en la Vicaría, todos rechazados de manera sistemática por los tribunales, al igual que los miles que fueron presentados durante más de una década y media).

Casi al final de su relato y con una especie de indescriptible y contradictoria sonrisa en sus labios, me dijo: “Tuve suerte”. “¿Por qué?”, le repliqué, sin comprender aquella insólita declaración. “Porque al salir del lugar de detención —continuó— se me corrió la venda y pude ver el lugar donde había estado”. Se trataba del fatídico centro de torturas

de Borgoño 1470, uno de los tantos centros de detención clandestinos existentes durante la época de la dictadura.

El dato era relevante, no sólo porque podíamos identificar el lugar —lo que era muy inusual—, sino porque en ese mismo centro aún permanecían otras dos mujeres, amigas de la anterior, que también fueron salvajemente torturadas durante varios días.

Lo cierto es que se me abrió el apetito profesional y, con singular celo en este mi primer caso, corrí a la Corte de Apelaciones junto a otro abogado de la Vicaría —la verdad es que yo todavía no me recibía— y solicitamos una audiencia inmediata con el entonces presidente de la Corte de Apelaciones de Santiago para constituir una sala y poder ver a la brevedad este “habeas corpus”, que, literalmente, significa “muéstrame el cuerpo” (los recursos de amparo se ven con preferencia a las demás causas). Cuál no fue mi impresión cuando la más alta autoridad del tribunal de alzada de Santiago nos dijo, casi literalmente: “Colegas, algo habrá estado haciendo esta mujer de la que ustedes hablan”.

La verdad es que me estremecí. Simplemente, no lo podía creer y aún me estremezco cuando lo recuerdo. Se me cayeron al suelo los cinco años que recién habían concluido como estudiante de derecho y constaté, por primera vez y en forma personal, lo que habría de ser una experiencia habitual y cotidiana durante los próximos años: la denegación siste-

mática de justicia por los tribunales.

Creo, sinceramente, que si muchos no llegamos a odiar en aquellos años fue porque hubo una persona que nos enseñó a amar: el Cardenal Raúl Silva Henríquez. “Matemos el odio, antes de que el odio mate a Chile”, había dicho el Cardenal bajo el gobierno de la Unidad Popular, cuya voz y reiteradas advertencias fueron, desgraciadamente, desoídas.

Tras el golpe militar, no dudó un segundo en crear el Comité Pro Paz y, luego, la Vicaría de la Solidaridad, siendo objeto de permanentes incomprensiones y descalificaciones por parte de ciertos sectores de la sociedad chilena que, simplemente, se referían a él como el “obispo rojo”. Creo que si hoy, a 30 años del golpe militar, a 15 del plebiscito y a 13 de haber recuperado la democracia, aún hablamos de derechos humanos, es porque existe no un afán masoquista de una sociedad obsesionada por el pasado, sino una conciencia ética y jurídica acerca de la necesidad de verdad y justicia en relación con la herida más profunda de nuestra historia.

Es por voces proféticas como las del Cardenal Silva Henríquez que aún estamos vivos espiritualmente. Ante la atinada y oportuna propuesta que ha hecho el Presidente Lagos sobre esta materia, debemos tener presente el testimonio de quien, como nadie, logró descifrar el alma de Chile.



Por
Ignacio Walker